



El otro como llamada a la acción: Vicente Ferrer

Luis Rosa Invernón¹

1. Unidad de vida y pensamiento

Antes de adentrarnos en el método empleado por Ferrer², es importante hacer referencia al *desde dónde* de su reflexión acerca del otro: Ferrer habla del otro desde la opción por la acción compasiva y transformadora de la realidad, desde la acción codo con codo y en favor de los pobres. Ese es el contexto en el que se desarrolla su vida y del que nace, como fruto precioso, su pensamiento, que tiene como centro la acción por el otro. Antes de comenzar a utilizar el método que va a proponer, Ferrer señala una condición intelectual previa: la *libertad espiritual*. Imparcialidad de juicio desde la libertad de quien está dispuesto a enfrentarse con la realidad cara a cara, con sencillez, dejando que sea la realidad la que se muestre sin tratar de encasillarla en estrechos marcos conceptuales. Una vez alcanzada esta libertad de espíritu, esta desnudez del alma, ya podemos comenzar a caminar. Nuestro instrumento: el entendimiento, el sentido común, la sabiduría. Nuestro material: los hechos que ocurren. Aquí surge un problema fundamental: ¿qué son los hechos?, ¿cómo delimitarlos?

1 Doctor en Filosofía, Miembro del Instituto Emmanuel Mounier España. (Ver más en nuestro link de Autores).

2 No tratamos aquí el pensamiento de San Vicente Ferrer, dominico español que vivió entre los siglos XIV y XV predicando por toda Europa, sino del Vicente Ferrer de nuestros días, nacido en Barcelona el 9 de abril de 1920, misionero que actualmente se encuentra en Anantapur (India) llevando a cabo una impresionante labor humanitaria con la colaboración de la Fundación que lleva su nombre.

En primer lugar, los hechos no son únicamente el conjunto de cosas que vemos o tocamos; también hay hechos invisibles cuya existencia podemos confirmar, aunque sea indirectamente. En principio puede parecer sencilla y extremadamente ingenua la postura de Ferrer. Pocos filósofos aceptarían esta forma de entender los hechos. Pero, si atendemos a la vida del común de los hombres -también de los hombres filósofos-, ¿quién no desarrolla su vida desde esta forma de entender los hechos? ¿O es que acaso los fenomenólogos, por ejemplo, viven como si lo real no fuera real, como si lo que les pasa en la vida no fuera más que un dato-en-imagen? La postura fenomenológica -de los fenomenólogos de la conciencia, que no de los realistas- no es la postura de los hombres a lo largo de su vida, sino un punto de partida de una reflexión filosófica bastante compleja. Pero a Ferrer le interesa la vida de los hombres, el universo y Dios. De ahí la sencillez de su método.

Por lo tanto, el método "está basado en los hechos y en el sentido común"³. Afrontemos el tema que afrontemos, el punto de partida siempre serán los hechos. En nuestro caso, por el tema que nos ocupa, tendremos que partir del hecho de la existencia del otro. Y la respuesta que busquemos no será superficial: "Queremos el significado último de cada realidad, no los detalles microscópicos"⁴. Pero aún será necesario presentar globalmente el pensamiento de Ferrer para entender, en un segundo paso, el lugar que ocupa el otro en el mundo.

2. Los cuatro pilares existenciales del universo

Los pilares existenciales "son los cuatro puntales que sostienen el mundo, las piezas

3 Ferrer, V., *El encuentro con la realidad*, Ed. Planeta, Barcelona, 2003, p. 265.

4 *Ibidem*, p. 33.

básicas que el hombre tiene que entender"⁵. Según Ferrer son el Hombre, la Humanidad, Dios y el mundo tal cual es. El estudio de estos cuatro pilares nos dará una visión organizada del universo. Y para proceder en este estudio utilizaremos nuestro método: los hechos y el sentido común.

a. Primer pilar: el Hombre

Lo primero es ir a la realidad y confirmar la existencia del Hombre. Y, en efecto, "el Hombre es una realidad"⁶. Mas no es como cualquier otra cosa, pues "está hecho de una materia prima muy especial que le permite hablar, pensar, llorar, amar, reír"⁷. Esa materia prima especial es barro de la Tierra y Espíritu. Mas no la suma o el conjunto de estos dos elementos, sino tierra bautizada por el espíritu, tierra espiritualizada: es una nueva esencia para la que debería existir una sola palabra que representara esta unidad de materia y espíritu. Esta nueva esencia da lugar a una nueva realidad, el Hombre, que es "la obra más maravillosa del Universo, punto de encuentro entre el Cielo y la Tierra, entre lo visible y lo invisible, un verdadero prodigio"⁸.

Si examinamos con detenimiento el Plan de Dios, podemos descubrir que "desde el *big bang* la materia fue dotada de fuerzas desconocidas y del impulso de evolucionar con un objetivo que cumplir: proporcionar un cuerpo al hombre. Todo se planteó para él, el Universo entero fue creado para poder dar al hombre el barro con que formar su cuerpo"⁹. Así, con la aparición del hombre, la materia puede ser rescatada de su inercia.

En este punto, Ferrer se pregunta por el origen de la nueva esencia que es el Hombre. Si

Dios creó al hombre y antes que el hombre no existía nada parecido al hombre, ¿en quién o qué se inspiró Dios para crearlo? La respuesta de Ferrer es la del Génesis: a su imagen y semejanza. "Cada uno de nosotros es una imagen de Dios"¹⁰. Él nos ha creado haciéndonos partícipes de su vida. "Participamos de la misma vida, del mismo ser. De ahí la unión tan íntima que existe entre los seres humanos"¹¹. Somos pedazos finitos del ser infinito, por eso el hombre es sagrado, por eso el hombre posee un valor inmenso, absoluto, aunque sea relativamente a Aquel que le hace ser absoluto. Somos dignos: "El yo es la totalidad de la persona. Y el don del yo es tan inalienable que jamás puede dejar de ser 'Yo' o 'Tú'. Es un absoluto que no puede ser absorbido, ni disminuido, ni alterado"¹². La identidad profunda del hombre, su definición última, es este Yo que todos somos, es decir, el "Yo soy". En palabras de Ferrer:

"Nuestro ser es humano y el ser de Dios es divino, por descontado. Consciente de la infinita distancia que hay entre los dos 'Yo soy', he ido comprendiendo que mi 'Yo soy' pertenece al instante de la creación, al momento del nacimiento del Ser. Y como Dios no puede querer destruir innecesariamente aquello que ha creado, entonces este ser, mi 'Yo soy', es 'ser para siempre'. 'Tú', 'Yo', somos para todos los tiempos"¹³.

El hombre es para siempre, y su vida siempre encierra un sentido, un significado. "Nada existe sin sentido"¹⁴. Cada hombre tiene un objetivo personal que cumplir, y en su vida se encuentra impulsado "por una fuerza interna que lo lleva a seguir haciendo camino sin des-

5 *Ibidem*, p. 32.

6 *Ibidem*, p. 43.

7 *Ibidem*, p. 43.

8 *Ibidem*, p. 44.

9 *Ibidem*, p. 47.

10 *Ibidem*, p. 49.

11 *Ibidem*, p. 50.

12 *Ibidem*, p. 52.

13 *Ibidem*, p. 55.

14 *Ibidem*, p. 59.

cansar¹⁵. Para andar este camino Dios le ha otorgado unos dones, unas capacidades, que le ayudarán a realizarse en el amor. Mas el hombre no está obligado a realizarse en el amor, sino llamado a ello. Dios nos ha dado un don primordial sin el cual no seríamos hombres: la libertad. Podemos elegir qué hacer: "Entre los hombres ordinarios, sanos, la libertad es un hecho (...) El hombre, con toda su libertad, decide cómo actuar en cada momento de su vida y puede escoger cuál es el camino que quiere seguir"¹⁶. El camino es la acción. Y las acciones pueden ser buenas o malas. La existencia de ambos extremos, el bien y el mal, son hechos que podemos constatar con facilidad alzando la vista sobre el mundo. Pero la libertad no es para el mal. "La libertad se da para que escojamos hacer el bien o simplemente rechazar el mal. La autodestrucción parcial o total tiene lugar en la acción mala"¹⁷. Somos libres para poder escoger el bien, aunque precisamente darnos la posibilidad de elegir, de hacernos responsables, exige que exista la posibilidad de la acción mala. Dios ha confiado en nosotros. Pero de Él hablaremos más adelante. Antes debemos decir algunas palabras sobre el segundo pilar existencial del universo: la Humanidad.

b. Segundo pilar: la Humanidad

La Humanidad no es, según Ferrer, meramente el conjunto, la suma, de los hombres. Si así lo fuera, no hablaríamos de un segundo pilar existencial del universo. La Humanidad es algo más. Y para explicar este *más* de la Humanidad sobre el cúmulo de los hombres, Ferrer utiliza la siguiente comparación:

"Las partes del cuerpo humano forman un 'todo', el Hombre. A su vez, los hombres son las partes de un 'todo' que es la Humanidad. Hay un gran paralelismo entre estos dos entes. Ambos tienen un movimiento dinámico interno

similar, Hombre y Humanidad siguen una evolución constante con una dirección y un objetivo"¹⁸.

Ferrer postula que la Humanidad es algo así como un nuevo ente, aunque cree que éste es aún un campo poco estudiado, y duda acerca de la validez de esa afirmación a partir de su método. Él cree descubrir que la Humanidad es un nuevo ente por la influencia que ésta tiene sobre los hombres:

"Nos exige que participemos activamente en la Historia para que la Humanidad llegue a su plenitud humana; nos pide que trabajemos en todos los campos -la ciencia, el arte, la filosofía, los descubrimientos-. Demanda que tengamos hijos que aseguren la continuidad de la especie y de sí misma. La Humanidad llama a los hombres a realizar ciertas funciones sin las cuales ésta desaparecería"¹⁹.

Pero, más profundamente, Ferrer habla de la Humanidad como "Cuerpo Místico de Dios"²⁰. La existencia de la Humanidad tiene una finalidad concreta dentro del plan de Dios. Él la ha creado para que sirva de puente entre Dios y los hombres, con el fin de que sea el cuerpo de la totalidad de los hombres. Además, este gran cuerpo que es la Humanidad tiene Historia, o mejor, es histórica. A la Historia de la Humanidad la van tejiendo los hombres a través de sus historias personales: "Todos, con nuestra labor diaria, contribuimos al avance de la Humanidad"²¹. Y así, a través de su Historia, la Humanidad va recorriendo un camino profundamente humano, teniendo a su disposición las mismas herramientas que el Hombre en su vida personal. La Humanidad puede arrepentirse en un momento dado y renacer recuperando su pureza. Su historia consiste en eso, caer y levantarse, hasta que sea finalmentealzada a la meta que Dios le ha

15 *Ibidem*, p. 60.

16 *Ibidem*, p. 84.

17 *Ibidem*, p. 85.

18 *Ibidem*, p. 124.

19 *Ibidem*, p. 125.

20 *Ibidem*, p. 126.

21 *Ibidem*, p. 129.

preparado. De Él, tercer pilar existencial del universo, tenemos que ocuparnos ahora.

c. Tercer pilar: Dios

Si bien Ferrer habla de cuatro pilares existenciales del universo, podríamos decir que el Pilar fundamental es este tercero: Dios. "Sin Dios nos quedamos solos, suspendidos al filo de un abismo peligroso. Sin Dios, mi compañero es la NADA"²². Y es que ni el otro ni nada de nada pueden sostenerse si no existe un Dios que les haga ser, que les regale la vida. El fundamento de todo es Dios. Su existencia es reconocible en nuestro corazón y en el universo. Pero dentro del universo no todo es homogéneo. Los hombres son el lugar en el que Dios se muestra con más claridad, precisamente porque los hombres son capaces de transparentar a Dios vaciándose de sí.

Agarrándose a la tradición bíblica Ferrer asume el símbolo de la "imagen y semejanza". Si cada hombre ha sido creado por Dios a su imagen y semejanza, entonces a Dios lo podemos conocer por la llamada vía de la eminencia: "basta con multiplicar por el infinito lo fundamental de mí, lo mejor que tengo, las joyas esenciales de mi ser, y automáticamente aparece el rostro de Dios"²³. Así, Dios es Bondad infinita, Alegría infinita, Amor infinito... Mas ¿por qué no pensar que Dios, en lugar de ser la infinitud de lo bueno, es la infinitud de lo negativo? ¿Por qué pensar a Dios llevando hasta la plenitud sólo nuestra cara positiva? ¿Por qué dejamos de lado la negativa? Por una razón muy sencilla, afirma Ferrer: "De no ser así, no podría ser Dios, perdería su título"²⁴. La multiplicación hasta el infinito de la negatividad, de la destrucción, es la Nada. Pero la Nada no puede ser pilar de algo. Ni siquiera puede ser²⁵, sino sólo en referencia a algo que fue y

permanece ausente. La Nada no se sostiene por sí sola. No puede ser pilar del universo. Sin embargo lo infinitamente positivo sí puede dar de sí algo diverso de sí que incluya su positividad, aunque esta inclusión sea limitada y misteriosa.

"Atrás quedó la sombra del Dios justiciero que examina con lupa nuestras imperfecciones. Dios nos ama, *tal cual somos*, como una madre ama a sus hijos incondicionalmente. La Bondad de Dios también nos ha permitido aligerar los excesos de ascesis, con lo que las estrictas reglas de perfección han quedado sustituidas por la ascesis de la vida ordinaria y la acción buena, el camino más seguro y sencillo"²⁶.

¿Necesitamos saber algo más sobre Dios? En opinión de Ferrer, nos basta con saber que "Dios es y es infinitamente bueno"²⁷. La Bondad infinita de Dios es el criterio fundamental para orientar la vida y el pensamiento. Con respecto al pensamiento, otorga un criterio clave: "rechazar todo hecho o principio que no concuerde con la Infinita Bondad"²⁸. Esto lleva a Ferrer, por ejemplo, a rechazar la posible existencia del infierno. Y con respecto a la vida, la Bondad infinita de Dios nos lanza, una vez que la hemos descubierto, a hacer el bien, es decir, a la acción espiritual por el otro. Sobre esto trataremos más adelante. Ahora hemos de finalizar nuestro recorrido a través de los cuatro pilares existenciales.

d. Cuarto pilar: el mundo tal cual es

Hasta ahora todo parece en armonía, en cierta paz. Pero al llegar al cuarto pilar existencial, al mundo no como lo pensamos, sino tal cual es, nos topamos con una locura total. Los hombres, creados a imagen de Dios, valiosos todos y cada uno, se desprecian, humillan y maltratan continua y estructuralmente. No considerar el mun-

22 *Ibidem*, p. 133.

23 *Ibidem*, p. 149.

24 *Ibidem*, p. 151.

25 "La NADA no se apoya en NADA ni NADIE", *Ibidem*, p. 183.

26 *Ibidem*, p. 242.

27 *Ibidem*, p. 153.

28 *Ibidem*, p. 157.

do en su irracionalidad, en su horror, sería no tener valor para salir al encuentro de la realidad. Pero este encuentro es necesario si queremos descender del mundo de las ideas. Dice Ferrer sobre los hombres:

*"¿Dónde está el que era el centro de la Historia del Universo, gloria de la creación? Ahora, ¡contempladle humillado y herido en los cuerpos y almas de todas las generaciones!"*²⁹

El hombre es humillado por sí mismo en el mundo, lugar de concreción de la vida. Este mundo no es como debería ser. Su realidad nos aterra. Pero ante este impacto en el encuentro con la realidad tenemos que tomar una opción, somos libres. Podríamos optar por negar la realidad del mundo tal cual es. Podríamos también aceptar su realidad negando la posibilidad de la transformación y el sentido del mundo. Ninguna de estas posibilidades es la que elige Ferrer, a quien no se le escapa un dato fundamental: en este mundo, a pesar de todo, ha habido y hay mucha gente buena que ha hecho que las cosas vayan mejor. El testimonio de los que hicieron el bien trae consigo la esperanza. Existe otra perspectiva:

"Amanece el día. Ya no hay pantallas. Me digo a mí mismo: 'Mira entre las brumas de la Historia y cuenta los millones de seres que dieron sus vidas por ideales más queridos que su propia vida. Recuerda aquellos que murieron por salvar a sus hermanos, a los pobres y a los indefensos...' Sigamos este rayo de esperanza. Entre los jinetes del Apocalipsis está el caballo blanco, el que anuncia la Victoria. Estamos en guerra contra la negra noche de este mundo y somos llamados a intervenir. Nuestra vida no nos pertenece. La reclaman los pobres, los indefensos, los enfermos, los inocentes.

¡Humanidad!, ¡toda en pie! Nos llaman a filas a todos. No se arrebatará de nuestras manos el destino de los hombres"³⁰.

El mundo, a pesar de los grandes pesares que sobre él pesan, tiene un sentido. Descubrirlo puede ser difícil para el que vive en lo superficial. El sufrimiento y la monotonía acaban pronto con las buenas intenciones si la experiencia no es profunda. La esperanza, como dice María Zambrano, es estar partiendo siempre en busca de algo. Esperanza es razón del corazón para partir, es vocación. La experiencia del otro como persona nos aporta esta esperanza o, como diría Ferrer, nos lanza a la acción. Ha llegado el momento de acercarnos al otro.

3. El otro

e.Tú eres

Recordemos, antes de empezar nuestro recorrido, el método de Ferrer: recurrir a los hechos y examinarlos desde el sentido común. Siguiendo este propósito, Ferrer comienza por afirmar la existencia real del otro: es un hecho que tú existes. "Tú eres"³¹. Lo primero es confirmar y afirmar al otro desde una voluntad asertiva. Ahora bien, con confirmar la existencia, con reconocerla, no basta. No basta porque la existencia humana no es similar a la existencia de otras cosas o de otros seres vivos. Los hombres, ya lo vimos antes, tienen un valor especial, pues son imagen del Dios bueno en este universo. La existencia humana no debe sólo ser reconocida como existencia, como una existencia cualquiera, sino como una existencia valiosa. Exige respeto, admiración y, sobre todo, como veremos en adelante, acción.

Y aunque el valor de la vida no depende de ningún criterio de utilidad, es menester afirmar sin reservas que ninguna vida es inútil.

29 *Ibidem*, p. 192.

30 *Ibidem*, p. 192-193.

31 *Ibidem*, p. 57.

“Nada existe sin sentido”³², dice Ferrer. El universo entero tiene sentido aun a pesar de las catástrofes. Al final todo será recogido y elevado por Dios, recapitulado en Dios. Así pues, ningún otro sobra. Puede ser, y de hecho ocurre con frecuencia, que las personas no acojan el sentido que la vida tiene, que no realicen su vocación, pero esto no implica que existan personas sin vocación. Todos estamos llamados a la plenitud como hombres, a realizar una Humanidad plena. Y el hombre, aunque se empeñe en vivir como un perro o como una cosa, no podrá dejar nunca de ser hombre, un hombre emperrado o cosificado, pero un hombre.

f. De la espiritualidad interiorista a la acción transformadora

Uno de los centros fundamentales de la experiencia religiosa de Vicente Ferrer es “el descubrimiento de la vida como acción”³³. Los misticismos que hacen al hombre no actuar son escapadas de la realidad que no contribuyen para nada a hacer un mundo mejor, que es lo que Dios quiere. Dios está en juego en el universo, sobre todo en los más pobres, y si nos encerramos en nosotros mismos o en monasterios a buscarlo estamos pecando de omisión, pues a lo que Dios nos llama es a la acción transformadora de la realidad. Así describe Ferrer uno de sus viajes:

“Iba una vez viajando desde Manmad a Bombay. Me paré en el camino para comer en un pequeño ‘restaurante’. Nos sentamos y pedimos una comida ordinaria, pues tenía el dinero para ello. En esto, un pobre hombre entró y se sentó a mi lado pidiendo para su comida. Pero este hombre solamente tenía unos céntimos y por lo tanto, le dieron una muy pobre e insuficiente comida. Este hecho que sucede tan frecuentemente, aquel día fue como un mazazo para mí. Yo quise leer en ese hecho. Este hecho me estaba hablando y una pregunta vino a mi mente: ¿Cómo es

posible que yo pueda tener pan ante mí y este hombre no lo tenga? ¿Cuál es el significado de esto? Yo tengo lo que quiero delante de mí, y este hombre no tiene nada para comer. ¿Por qué yo puedo comer y este hombre no puede?

Continuamos nuestro viaje hacia Bombay. Era un día claro, soleado, bello... El cielo azul y los verdes campos se abrían ante nuestros ojos hasta el horizonte. Me sentía feliz. No sufría y de repente entendí el significado de aquel hecho sucedido en el pequeño restaurante; esa felicidad de la que yo estaba lleno era la presencia de Dios, Dios que es la abundancia, Dios que es la felicidad, la vida misma, todo aquello que es bueno en este mundo. Dios que es la inmortalidad, la amistad, la plenitud, el amor. Esto es Dios.

Pero en aquel hombre no había plenitud, no había felicidad, no había nada, no había pan. Dios estaba ausente en la forma de pan en la mesa del hombre. En cambio, Dios estaba presente en mi mesa en aquella forma de pan. Entonces me dije: ¿qué debo hacer? Podría hablar con aquel hombre acerca de Dios y decirle que se resignara y también le podría decir el valor del sufrimiento. Pero eso no es lo que Dios quiere. Dios quiere estar presente ante aquel hombre en aquella forma en la cual está ausente: entonces comprendí que yo tenía que llevar pan a la mesa de aquel hombre. Continué pensando. Un campo sin agua es un campo sin Dios. Dios está ausente en aquel campo en forma de agua. El agua en aquel campo traería la vida. Por lo tanto, yo tengo que llevar a Dios en aquella forma en la que Él no está allí, en aquella forma en la que Dios quiere estar presente. Es inútil predicar en aquel campesino. Yo le tengo que llevar agua a sus campos”³⁴.

Es así de sencillo: hacer a Dios presente en aquella forma en que los hombres más lo necesitan. Si los hombres no tienen pan, lo primero es hacer presente a Dios como pan. Ahora

32 *Ibidem*, p. 59.

33 *Ibidem*, p. 26.

34 *Ibidem*, p. 251.

bien, no sólo de pan vive el hombre, y no podemos reducir las necesidades personales a las necesidades materiales. Pero es cierto que sin estas necesidades materiales cubiertas el hombre no puede realizarse en plenitud. Acabar con la pobreza material es fundamental, aunque de su mano deba ir la labor de la educación en valores. Por lo tanto, el dios de los templos que tranquiliza las conciencias pero no incita a los hombres a amar y hacer el bien no es Dios. Veamos el siguiente texto en el que Ferrer hace referencia a la acción de Maximiliano Kolbe de dar su vida por otro hombre:

“Hay un camino que es el de la vida mística, que contempla la oración y la meditación. En la vida mística, Dios, o tú mismo, eres lo más importante. El otro camino es el que considera la vida como acción. En la vida como acción humana los demás son lo más importante. El sacerdote polaco es un ejemplo de significado muy profundo. ‘El otro es más importante que yo’”³⁵.

¿Será entonces necesario abandonar la espiritualidad para centrarse en la acción? No, no se trata de abandonar la espiritualidad. Eso sería un error, en primer lugar porque se caería en un activismo que acabaría perdiendo el horizonte y el impulso mismo de su acción, y en segundo lugar porque la esperanza que nace del encuentro con Dios desaparecería. Lo que propone Ferrer es otro tipo de espiritualidad, la que ha descubierto que la acción es el acto espiritual más profundo³⁶. Y esto simplemente porque Dios es el Bien máximo, y a Dios se le hace presente en el mundo haciendo el bien. Hacer el bien es hacer a Dios ya aquí, y eso es lo que necesitan los hombres. Por eso Ferrer piensa que “no hay salvación, y todo está vacío, excepto en la acción por los demás”³⁷. El que no vive para los demás no conoce la salvación, es decir, no ha experimentado la dinámica agápica de Dios. Éste, Bien absoluto, acogerá en sí todos los bie-

nes que llevemos a cabo con nuestras acciones: “Tengo claro que ninguna acción buena se pierde en este mundo. En algún lugar quedará para siempre”³⁸. Antes afirmábamos que nada existe sin sentido, que toda vida humana tiene un objetivo que llevar a cabo. Hacia ese objetivo nos sentimos tensados, llamados, como impulsados por una fuerza interna que nos llama a seguir haciendo camino sin descansar.

g. En el principio fue la confianza

Si somos fieles al método y nos preguntamos por el principio de la vida humana podemos afirmar: en el principio está el amor. El amor que permite que el recién nacido, el que se asoma a la vida, salga adelante en su vida; es lo primero. Un amor confiado. Confiado a los demás, a los otros, a los más cercanos, a la familia. Y esto que marca el principio, la confianza, es la base sobre la que se asientan las relaciones humanas:

“Todas las relaciones humanas se basan en la confianza mutua. Desde el primer instante de vida, nada más nacer, el bebé queda al cuidado de su madre. Él confía plenamente en la figura materna. Más tarde, el niño experimentará la paz que da confiar en sus amigos. En el colegio, confiará en el maestro, que lo sabe todo...”³⁹.

Esta confianza original que nos da la vida gracias a la respuesta amorosa de otros nos revela que si somos, si hemos llegado a la vida, no es por nuestro propio poder, por nuestra fuerza, sino por la de otros, que con su amor nos hacen fuertes.

h. Los otros nos han dado la vida

“Participamos de la misma vida, del mismo ser. De ahí la unión tan íntima que existe entre los seres humanos”⁴⁰. Vivir es algo comunitario,

35 *Ibidem*, p. 77.

36 *Ibidem*, p. 25.

37 *Ibidem*, p. 273.

38 *Ibidem*, p. 273.

39 *Ibidem*, p. 221.

40 *Ibidem*, p. 50.

compartido. Estamos conectados de una forma especial; existe entre los hombres una familiaridad distinta a la familiaridad que existe entre los hombres y las cosas. Cuando un hombre se encuentra con otro hombre es capaz de sufrir su sufrimiento, compartir su dolor o su alegría. Y es que ese otro que sufre o goza es carne de nuestra carne: "cuando dos hombres -dice Ferrer- se cruzan, se encuentran dos hermanos"⁴¹.

A cada uno de nosotros le toca reconocer que su vida no está comunicada de forma neutral con la vida del resto de los hombres. Esta comunicación es, inicialmente, una vinculación recibida, ya que los otros nos han dado la vida: "Yo he llegado hasta hoy, precedido por miles de antepasados a los que debo mi vida. Ninguna vida fue inútil. De no ser por ellos, yo no estaría aquí, ni podría disfrutar de los avances científicos, médicos, artísticos y espirituales"⁴². En este sentido, existir es tener una deuda impagable que hace de la vida un compromiso continuo. Hemos recibido el mayor don, la vida, gracias a otro, pero ahora esa vida es nuestra, aunque tengamos que aprender a enseñorearla, es decir, a gestionar nuestra libertad.

i. ¿Por qué el mal?

Y en ese manejo de la libertad al que los hombres estamos abocados surge la posibilidad del mal. "A la cuestión del mal -dice Ferrer-, nosotros respondemos que el mal no es una abstracción, es real. El mal existe, lo crean los hombres malos"⁴³. Y el hombre se hace malo cuando realiza una acción que daña a otro hombre, cuando provoca sufrimiento y dolor. El mal, que tiene al sufrimiento como consecuencia, en lo que depende de nosotros es solucionable, de ahí que la existencia del mal sea una llamada continua a la acción por el otro.

La primera salida del mal la conceden

41 *Ibidem*, p. 50.

42 *Ibidem*, p. 59.

43 *Ibidem*, p. 63.

el remordimiento y el arrepentimiento. Ese es el camino para volver al bien. "El mecanismo se pone en marcha cuando nosotros somos injustos con alguien y le hacemos daño con nuestras palabras o acciones. Inmediatamente, el corazón nos avisa: 'No está bien lo que acabas de hacer', y empezamos a sentirnos mal. Acto seguido la respuesta es el remordimiento"⁴⁴. El remordimiento surge en nosotros cuando obramos contra nosotros mismos, y esto ocurre cada vez que hacemos daño a alguien, pues todos compartimos la misma carne. En la carne del otro está mi carne, y en la mía está la suya. Cada hombre lleva en sí a todos los hombres.

El remordimiento hace surgir el arrepentimiento; el hombre es capaz de acoger esa queja que su corazón le lanza y decidirse por cambiar. Entonces siente la necesidad de pedir perdón; se da cuenta de que ha obrado mal dañando a otro, y desearía no haber hecho lo que ha hecho. Pero sabe que lo ha hecho y el tiempo ha fijado su acción, lo ha cerrado. El pasado no puede modificarse ni borrarse, pero sí podemos colocarnos en el presente de modos muy diversos con respecto a nuestro pasado. El pasado es el tiempo ya cerrado, pero el presente es el lugar de nuestra libertad y, por tanto, el único lugar temporal en el que es posible el perdón. Y pide perdón quien, al descubrir el mal realizado, se siente arrepentido y quiere, necesita con una necesidad profunda, reconciliación. Una reconciliación total, tanto con aquel a quien dañó como consigo mismo. El perdón es la resurrección de la vida en las situaciones de muerte, es la restitución del bien en los prados inundados de sufrimiento provocado por el mal.

j. El corazón como centro: los dos amores

Acabamos de decir que, cuando obramos mal, surge de nuestro corazón una queja que nos indica que hemos obrado contra nosotros mismos. En nuestro corazón está inscrito un anhelo infinito del Bien, por eso el corazón es la brújula que nos

44 *Ibidem*, p. 65.

guía hacia el Bien: "Nuestro corazón, como una sofisticada brújula, nos señala el camino hacia el bien. Es la luz que rompe la oscuridad (...) la voz del corazón habla al hombre y le dice 'ama a los demás,' haz el bien,' no hieras a nadie"⁴⁵.

Y esto es así porque en el interior de nuestro corazón tenemos un acompañante de lujo: "el amor vive ya dentro de cada uno de nosotros"⁴⁶. Un amor que tiene dos dimensiones: el amor propio y el amor a los demás. El objetivo de cada hombre debe ser alcanzar el equilibrio entre estos dos amores. Generalmente el amor propio invade el espacio que le corresponde al amor a los demás en el corazón: "En cada persona existe una cierta desarmonía interna entre el amor a sí mismo y el amor a los demás. Cuando examinamos este hecho a escala mundial, esta conflictividad se amplía enormemente, llegando a niveles escandalosos y teniendo como fruto los grandes hechos malos del mundo. El 'ama al prójimo como a ti mismo' se desintegra.

Todavía tiene que llegar el día en que el amor a nosotros mismos y nuestro amor a los demás se equilibre, tanto a escala individual como colectiva"⁴⁷.

k. El otro como llamada

La presencia del hombre da al mundo una coloración especial, y por eso el mundo -como hogar del hombre- "reclama nuestra intervención, la acción por los otros que padecen. Hay multitud de causas que piden a gritos nuestra ayuda. Es indispensable que, en la medida en que nos sea posible, nos impliquemos en la historia"⁴⁸. La presencia del otro en su padecer es para el hombre una invitación a la acción, a la implicación en la historia, al compromiso:

"En la práctica, vemos cómo las injus-

ticias, los acontecimientos malos en general, provocan en nosotros sufrimiento, físico o espiritual. El alma llora. Una espada nos atraviesa. El corazón duele. También el sufrimiento de los demás nos afecta en lo más profundo, pues tiene una conexión íntima con cada uno de nosotros. Resuena en nuestro Ser, hiriéndolo tanto o más que nuestro propio sufrimiento.

Con cada ser que sufre nace una nueva responsabilidad para curar y remediar. Pueden ser los gritos de niños o las catástrofes naturales, pero todo sufrimiento nos llama a la compasión, a la acción por los demás y a los actos heroicos.

En la vida práctica, el dolor y la el sufrimiento no están para ser entendidos, sino para ser resueltos"⁴⁹.

Los pobres son los otros que más padecen. Hay muchas formas de pobreza, y todas ellas tienen algo en común: son para el hombre una manera de vivir sin la presencia de Dios en la forma en la que se lo necesita. Al pobre que no tiene que comer le falta Dios en forma de comida, como pan, y quizá también le falte como amistad o como alegría. Pobre es aquel que necesita, y en última instancia toda necesidad es necesidad de Dios, por eso la presencia del pobre es llamada, invitación a cubrir esa necesidad mediante la acción espiritual: "El mundo de los pobres nos reclama que AHORA, no en miles de años, hagamos realidad su triunfo, su incorporación a la sociedad como verdaderos ciudadanos partícipes de la dignidad, la igualdad, el bienestar y la fraternidad que cada día se les niega"⁵⁰.

Y es que en el fondo "somos todos uno, y por lo tanto responsables los unos de los otros"⁵¹.

45 *Ibidem*, p. 72.

46 *Ibidem*, p. 70.

47 *Ibidem*, p. 206-207.

48 *Ibidem*, p. 107.

49 *Ibidem*, p. 210.

50 *Ibidem*, p. 230.

51 *Ibidem*, p. 253.

1. La acción espiritual por el otro

Podemos afirmar sin miedo a equivocarnos que la vida es esencialmente comunitaria y, por lo tanto, también comunitaria es siempre la acción: "nadie actúa solo"⁵². "La vida de cada uno va realizándose unida a los demás hombres. No es un monólogo. Vive con todos sus hermanos desde que nace hasta que muere. Nadie camina solo"⁵³. Nadie puede hacerlo aunque lo intente con todas sus fuerzas, pues la vida del hombre, de cada hombre, está estrechamente unida a la historia de la Humanidad. Ahora bien, existen acciones que crean unidad a través del encuentro haciendo a la Humanidad más verdaderamente humana, y acciones que engendran división y violencia. La compasión es la acción de unidad que nos encarama por encima de los conflictos que generan las ideologías. La unidad, cree Ferrer, no se encontrará en el pensamiento, sino en la acción compasiva por el otro.

La acción compasiva es acción espiritual, es decir, acción mística: el hombre en cada movimiento, en cada pensamiento, en cada acción, parte de una experiencia de Dios y se siente movido por su fuerza. Pero esta fuerza le impulsa hacia la acción compasiva, le saca de sí mismo liberándolo de la cárcel del egoísmo -enfermedad de la Humanidad- y le abre a los otros. La acción espiritual requiere de una espiritualidad profunda, de un hondo arraigarse en Dios, que es el Bien, y que nos impulsa a concretarlo en la historia mediante los bienes concretos que podemos realizar. Toda acción buena es acción espiritual.

Además, por la acción buena descubrimos a la vez que desarrollamos nuestra identidad profunda, pues "solamente por la buena acción nos convertimos en verdaderos hombres y hermanos. Si no eres hermano, no eres aún hombre"⁵⁴. La Humanidad está llamada a ser fraternidad porque cada

hombre está llamado a ser hermano. Cuando somos hermanos estamos en comunión con la humanidad, pero sólo nos hacemos hermanos por la buena acción⁵⁵. Ser hermano es encontrar la salvación, acceder a la nueva vida a la que Dios nos invita: "No hay salvación y todo está vacío sin la acción por el otro"⁵⁶.

52 *Ibidem*, p. 36.

53 *Ibidem*, p. 128.

54 *Ibidem*, p. 80.

55 *Ibidem*, p. 254.

56 *Ibidem*, p. 294.